



Mexicano

Raúl se dejó caer cansinamente sobre un estrecho catre, en la cabaña que compartía con otros cinco hombres. Después de trabajar 14 horas diarias en los campos de espinacas, se sentía demasiado cansado para pensar en buscar algo para cenar. Además, se sentía avergonzado por las molestas miradas que la gente le lanzaba mientras hacía un esfuerzo por comunicarse en la tienda de ultramarinos. Él quería aprender inglés, y a veces se quedaba dormido por la noche con una gramática inglesa sobre el pecho. Pero en ese momento era más importante ganar dinero, para enviárselo a su esposa y sus hijos en México. Un año antes se habían perdido empleos en su localidad de origen cuando cerraron la única fábrica que había en busca de mano de obra más barata. Raúl estaba agradecido por el plan de visados que le permitía entrar en los Estados Unidos como trabajador eventual en el campo, pero era duro estar separado de la familia los meses que duraba la campaña agrícola. «Señor, que yo pueda trabajar aquí; da a mi familia la oportunidad de conseguir una vida mejor», oraba.

Nuestro prójimo

La inmigración ilegal es un tema de encendido debate que afecta a todos los sectores sociales de los Estados Unidos. Algunos ven a los inmigrantes como individuos que contribuyen a aumentar la productividad y la diversidad del país, mientras que otros piensan que son responsables del

aumento del crimen y se aprovechan de los servicios sociales. Con el paso de los años, los legisladores han intentado solucionar el problema de la inmigración de diversas maneras. Algunos piensan que lo mejor es abordar estrictamente el problema, aumentar las restricciones contra la inmigración y el número de patrullas que vigilan la frontera. Otros abogan por conceder una amnistía a algunos inmigrantes ilegales o aplicar planes ambiciosos para trabajadores extranjeros. En medio de todo este debate, a veces se pierde de vista que los inmigrantes ilegales son seres humanos como los demás.

Uno de los mandamientos que más acentúa la Escritura es el amor al prójimo. Dios instruyó repetidamente a Israel que cuidara de los extranjeros que había en su medio, y Jesús mostró aceptación y compasión hacia los que habían sido rechazados por la institución religiosa. La Escritura deja bien claro que «nuestro prójimo» incluye a todos los seres humanos. A pesar de tan claras instrucciones, muchas veces los cristianos menosprecian a los llamados «extranjeros» o «ilegales», olvidando que estas personas también forman parte de la amada creación de Dios.

Los inmigrantes mexicanos se trasladan a los Estados Unidos por muchas razones. Algunos desean reunirse con familiares ya residentes en el país; otros procuran escapar de la violencia o la aguda pobreza que reinan en sus poblaciones de origen. Casi todos buscan mejorar

El pueblo de México

su situación económica. Si pudieran escoger, muchos preferirían quedarse en México, pero la escasez de empleo y el deterioro de los salarios obligan a las familias a buscar oportunidades en los Estados Unidos. A veces, trabajar unos pocos días por el salario mínimo en EE.UU. equivale a trabajar todo un mes en México.

Un cruce arriesgado

La frontera entre México y los Estados Unidos es la más franqueada del mundo. Se extiende a lo largo de 3.219 kilómetros y abarca una amplia variedad de geografía: ríos, desolados desiertos, florecientes ciudades, montañas deshabitadas. Unos 250 millones de personas cruzan fronteras legalmente cada año. Pero las 500.000 que penetran ilegalmente en los EE.UU. por esa frontera se lanzan a aventuras de vida o muerte. Debido a la intensificación de la vigilancia, muchos inmigrantes indocumentados deciden cruzar y adentrarse por el inhóspito desierto. En el verano, el desierto alcanza temperaturas de hasta 54 grados centígrados y brinda poca sombra. En el invierno, las noches experimentan grandes descensos térmicos, lo que exige al viajero ir provisto de ropa de abrigo y buscar cobijo. Los bandidos atacan a algunos grupos de viajeros y las mujeres son comúnmente violadas. En la última década, miles han perdido la vida en el desierto por distintas causas: calor, deshidratación, hipotermia o robo a mano armada. Otros han perecido ahogados mientras intentaban cruzar ríos o canales. Algunos han sido abatidos por los guardias fronterizos estadounidenses con tal de no permitirles entrar en el país. En el 2006 el gobierno estadounidense notificó que el número de fallecidos al intentar cruzar la frontera se había duplicado desde 1995. Informes recientes dan fe de que el número de muertos continúa aumentando.

Ministerio en la frontera

Frontera de Cristo es un acuerdo de colaboración entre la Iglesia Presbiteriana de EE.UU. y la Presbiteriana de México. En vez de politizar el asunto, el ministerio binacional trata de dar respuesta a las causas que provocan la inmigración ilegal y demostrar el evangelio construyendo puentes entre las culturas estadounidense y mexicana. Frontera de Cristo opera en la frontera entre Agua Prieta, Sonora y Douglas, Arizona, donde, como en muchas ciudades fronterizas, proliferan las actividades ilegales y la mayoría

de las familias viven por debajo del umbral de la pobreza. Frontera de Cristo trabaja en estrecha colaboración con dos iglesias locales —una en Agua Prieta y otra en Douglas— para responder a las necesidades de individuos y familias de la región, ofreciendo clases, consejo basado en principios bíblicos y servicios sociales.

Una manera específica en que Frontera de Cristo ha tratado de responder a las verdaderas causas que conducen a la inmigración ilegal es el comercio. Muchos cultivadores mexicanos de café que abandonaron sus comunidades para trabajar en EE.UU. explicaron a Frontera que lo habían hecho porque el precio de venta de su producto había caído tanto que no podían sobrevivir. A raíz de ello, dos obreros de Frontera fundaron Café Justo, una cooperativa con sede en México. Dado que el negocio les pertenece y está controlado por los campesinos, éstos pueden pedir 1,33 dólares por libra de café —unas tres veces más de lo que cobraban anteriormente—. El éxito obtenido por Precio Justo ha permitido que muchas familias mexicanas no hayan tenido que abandonar sus casas. Es más, docenas de mexicanos que trabajaban en los EE.UU. han regresado a México para trabajar en sus comunidades locales, donde la calidad de vida ha mejorado considerablemente. No sólo los inmigrantes mexicanos se han beneficiado de la obra que realiza Frontera. Debido a la colaboración entre las iglesias mexicana y estadounidense, muchos estadounidenses han tenido la oportunidad de entender y dar respuesta a los problemas que plantea la inmigración de una manera que no sería posible sin experimentar unas relaciones concretas.

A los cristianos se les ha mandado «amar a sus prójimos como a sí mismos». Como Frontera de Cristo, tratemos de edificar el entendimiento y compartir las buenas nuevas de Jesucristo con todos los que nos encontremos.

Ore:

- para que el gobierno mexicano adopte políticas que conduzcan a una mayor prosperidad de todos los mexicanos
- para que los empresarios mexicanos y estadounidenses más que los beneficios tengan en cuenta los salarios y las condiciones de trabajo de sus empleados
- para que los gobiernos europeos conciben políticas justas de inmigración
- por las personas obligadas abandonar sus tierras de origen en todo el mundo